

España romántica

La ciudad del reparto del mundo

Una colina en cuyo lomo se alzan ruinosos lienzos de muralla; torres de iglesias más parecidas a recintos de guerra que a nidos de campanas; casas de pardos muros, cuyo espesor está perforado por ventanas que vistas de lejos semejan huellas de viruela; techos negruzcos en los cuales las lluvias de varios siglos han hecho germinar una vegetación mohosa, ondeando sobre las tejas como crestones paladinescos un sinnúmero de arbustos parásitos que al llegar el buen tiempo se cubren de flores y sirven de nidos a las cigüeñas viajeras. De la cumbre al llano se extienden las huertas, y en el límite de estos rectángulos de vegetación cercados por muros de piedra, desarrolla el Duero las ondulaciones de su cinta azul.

La humedad ha orlado el río con sauces y álamos, pero más allá de este bosque longitudinal que sigue las tortuosidades de la corriente hasta esfumarse y perderse en el horizonte, reina la sequedad, la monotonía severa, la grandeza sobria de la planicie castellana. Las tierras de pan llevan esquilmas durante siglos por un trabajo duro y sin otro auxilio que el de las tardas lluvias, extiéndose hasta lo infinito con la misma amplitud preñada de mirajes que el mar o los desiertos africanos. En primavera se cubren de suave verde; en verano de seco oro, y el resto del año trasquilada de mieses la vasta superficie alza el rastrojo sus duras púas, sobre una tierra endurecida y resquebrajada por el frío. En este horizonte que parece no tener término las aves de rapiña marcan sobre el celeste cristal sus bultos revoloteantes, como exiguos mosquitos. El cielo es de un azul intenso, rabioso, en el que apenas si vagan algunas nubes densas y cortas como apretados vellones de oveja. El horizonte seco, limpio de los vagos y transparentes telones de la humedad que parecen dulcificar la visión, tiene una crudeza que agranda los objetos y trastorna el orden de las distancias. Las mulas que regresan de la labor por el camino polvoriento parecen bestias anti diluvianas de proporciones colosales; el gañán que las guía se destaca en la parda llanura como un luchador de la época de las cavernas. Es tierra de alucinaciones, de espejismos, de extravíos de la vista que repercuten en la imaginación. Es tierra de visionarios, de milagrosos, de santos y místicos; pero místicos de acción, prontos a sostener la fe con el auxilio de la espada.

La vieja ciudad fue residencia de reyes, presenció torneos y justas, tuvo escuela de caballería andante, contó con más palacios y ricos monasterios que casas. A ella afluyeron paladines, navegantes y sabios; en ella se intentó la loca empresa del reparto del mundo, pero esto fue cuando se viajaba en mula y el capricho real o las necesidades de una guerra peninsular que duró siete siglos cambiaban el curso de las vías de comunicación.

Hoy el ferrocarril se ha olvidado de prender en sus mallas de acero a la antigua villa y esta dormita, rumiando sus recuerdos, olvidada de los hombres pero viva en la Historia. De vez en cuando su nombre se evoca al otro lado del Atlántico, en las contiendas diplomáticas de las repúblicas sudamericanas, con la autoridad de un texto venerable. Durante siglos se ha repetido y ha originado guerras en las márgenes del Plata y sus afluentes, entre hombres que hablaban el español y el portugués.

Pero la vieja población ignora todo esto y sigue dormitando. Solo despierta con el cascabeleo de los caballos de la diligencia que diariamente la pone en comunicación con el resto del mundo. De tarde en tarde pasa un automóvil con gente curiosa. Las agudas piedras de su pavimento parecen repelar las ruedas de goma irreverentes. Asómase el vecindario a las puertas entre curioso y hostil. El mugido de la bocina despierta ecos de tumba en las callejuelas, adornadas con santos y en la gran plaza de soportales y balconajes donde en otros siglos se celebraban justas caballerescas. Los perros formando en las esquinas grupos de fauces sonoras

ladran a este demonio férreo de pestilente hedor. Las ventanas se abren y cierran con un guiño violento y toda la ciudad perturbada, escandalizada, parece preguntarse la razón que impulsa a estos locos, forrados de pieles y lienzos encerados para correr como relámpagos, cuando Dios ha dispuesto las cosas sabiamente y sus criaturas puedan ser felices y alcanzar la gloria eterna sin moverse del sitio en que nacieron.

Esa ciudad es Tordesillas, la *Thor-Shilak* de los árabes tomada y perdida varias veces por musulmanes y cristianos en el curso de la interminable Reconquista.

En cada manzana de casas tiene una iglesia parroquial, un convento o un palacio, todo vetusto, con la piedra exterior rojiza y roída, como si por ella hubiese pasado una invasión de ratones con dientes de acero. El interior de tales edificios tiene el vaho mohoso de las ruinas, que es también el de las personas viejas. Tesoros artísticos e históricos han sobrevivido a guerras y saqueos. Los santos arcaicos, un tanto rudos, obra de los piadosos imagineros medioevales, conservan las riquezas que sobre ellos depositó la devoción. Aparecen un tanto oscuros por la pátina de los cirios y el encierro. El oro de sus vestiduras se ha tornado verdoso; los diamantes de sus diademas están empañados; las joyas sobre el pecho de las vírgenes son opacas, como si el ambiente húmedo de las capillas, saturado de suspiros y oraciones, hubiese acabado por disolver el alma titilante de las piedras preciosas, y la lechosa luz de las perlas, lágrimas de luna caídas en las profundidades del mar. En los cajones de las sacristías hay blondas de maravillosa labor a las que el tiempo ha dado un suave tono de marfil: el cuero repujado de Córdoba con sutiles arabescos cubre altares y sillerías; la vida de los santos está representada en planchas de plata traídas por los conquistadores de las Indias Occidentales. La América colonial tiene sus recuerdos en esta ciudad de la vieja España. Su patrona es la Virgen de la Guía, una imagen vestida como las damas españolas del siglo XVI, que llevó Francisco Pizarro de santo tutelar en su empresa del Perú. En una de sus iglesias está el enterramiento del buen caballero don Pedro de Alderete, gobernador del Tucumán, que duerme el sueño eterno de punta en blanco, dentro de su férrea armadura, como si aún esperase en la tumba a quichuas y calchaquíes. De aquí salieron los Avellaneda que habían de dar, con el tiempo, un mártir a la Argentina en formación y un presidente y maravilloso orador a la Argentina constituida.

En estas callejuelas paseó sus ensueños un portugués barbudo, huido de su país, Fernando de Magallanes, acosando con solicitudes a monarcas y regentes para realizar su quimera de llegar por un estrecho a las islas de la Especiería y abarcar la redondez del mundo.

De esta villa de Tordesillas, población mediterránea lejos de todo mar partieron navegantes y soldados para batirse con los misterios del océano y clavar la cruz de su espada en los valles tropicales con temperatura de horno, y en las nieves eternas de los Andes: desde donde extiende la palmera su abanico de plumas y aletean los pájaros-moscas como joyas aéreas, hasta los canales glaciales en cuyos bordes crece el helecho y arrastra la foca sobre los témpanos su obesidad grasienta.

Estos peregrinos de la ilusión, estos cruzados de la geografía que en fuerza de locuras heroicas hicieron dar la vuelta al mundo por vez primera a la civilización de Europa, seguían en su vagabundaje heroico una tradición del país. En la Tordesillas medioeval estaba el palenque de Benimerín, valeroso caballero árabe que buscó refugio en tierras de Castilla.

Su palacio era escuela de paladines. El noble maestro con justas y "pasos honrosos" ejercitaba a la juventud ansiosa de aventuras. Era el palenque de Benimerín a modo de una universidad de caballeros andantes de la que partían todos los años intrépidos abogados de la espada, justicieros de mano dura, para correr los reinos moros y cristianos en busca de "entuetos que enderezar".

Un día los vecinos de Tordesillas vieron llegar a su población una comitiva extraordinaria. Era a mediados de 1494. Hasta la villa castellana, enclavada en la parte media de la península, habían alcanzado las nuevas de un suceso maravilloso que preocupaba a toda la cristiandad. Un visionario que pocos años antes vivía como un parásito de la corte de los Reyes Católicos acababa de arribar a las costas de España en una nave casi demolida por los temporales pero con la noticia del descubrimiento de un mundo nuevo. Los monarcas le habían recibido en Barcelona haciéndolo sentar en su presencia y tratándole como un igual. Los nautas al desembarcar habían atravesado más de media nación, desde las costas andaluzas del océano hasta las de Cataluña, y de villa en villa circulaban abultadas por la imaginación popular las descripciones de los hombres cobrizos, los pájaros raros y los adornos de oro traídos del viaje.

Como una repercusión de este suceso extraordinario, iban llegando a la pacífica Tordesillas graves personajes que la plebe consideraba con un respeto no exento de miedo.

Eran doctores de luengas hopalandas, barbas fluviales de plata y la calvicie cubierta con un becoquín de velludo negro lo mismo que Fausto en su laboratorio; eruditos legistas, ágiles en el manejo del latín y la dialéctica que dictaban lecciones en Salamanca y Coimbra; padres lectores de reconocida erudición, gloria de sus monasterios, con el espinazo encorvado de tanto hojear infolios; hombres de mar, expertos en la confección de cartas y planisferios, habituados unos a las rápidas carreras de galeotas, cocas, fustas y saetías en el Mediterráneo, avezados otros a dirigir océano adentro carabelas y carracas con rumbo a las ciudades flamencas y los puertos hanseáticos.

Se apeaban de sus muelas cubiertas de polvo, unos con la agilidad nerviosa de la vejez acartonada, otros pesadamente, temblando su corpulencia grasosa desde el abdomen saliente al triple mentón que agrandaba el rostro. Hablaban en castellano y en portugués, doctores, frailes, legistas y nautas y cuando la diversidad de opiniones provocaba una discusión empleaban el latín.

Los vecinos de Tordesillas sentíanse orgullosos y atemorizados por la presencia de estos personajes, verdaderos "pozos de sabiduría". Se reunían para repartir el mundo entre España y Portugal. Los Católicos Reyes de acuerdo con el monarca lusitano designaban a Tordesillas para esta reunión magna. La villa inmediata al Duero iba a ser por unos meses el centro de la tierra. Los graves sabios venidos a Tordesillas en representación de los intereses de los reyes y la sabiduría del Papa se juntaban para ponerse de acuerdo.

Al iniciar los portugueses sus descubrimientos en la costa de África los Papas Martín I y Sixto IV habían concedido a sus monarcas en nombre de Dios "la navegación y el comercio exclusivo" de Oriente. Cuando Colón volvió de su primer viaje, Portugal hizo valer las concesiones papales, temiendo que los navegantes castellanos violaran en sus avances dichos privilegios.

Era Papa en aquel momento, con el nombre de Alejandro VI, el valenciano Rodrigo Borja (o Borgia), padre de la famosa Lucrecia, y este antiguo abogado de Valencia recordando sus habilidades profesionales intentó restablecer la concordia entre España y Portugal por medio de un reparto equitativo, separando el Occidente y el Oriente de la tierra con una línea imaginaria trazada de polo a polo a lo largo del Atlántico. El Occidente para España y el Oriente para Portugal.

Con el encargo de estudiar y trazar la línea propuesta por el Pontífice se reunieron los comisarios reales en la tranquila Tordesillas. ¡Iban a repartir el mundo entre dos reyes!...

Empresa absurda, digna de aquellos tiempos de locura heroica en los que se desconocía el valor de la palabra imposible.

¡Repartir el mundo! ¡Y qué mundo!... Jamás hombres algunos habían osado hacer materia de discusión y división tantas y tan extensas tierras.

El mundo antiguo dividido entre los generales de Alejandro a la muerte del héroe; la dominación universal de Roma fraccionada por los Triunviros; la herencia de Carlomagno, todos los grandes testamentos históricos se empequeñecen y resultan insignificantes comparados con las particiones intentadas en la humilde villa castellana.

Los comisarios de Tordesillas no se daban cuenta de lo que iban a repartir. Todavía no habían alcanzado los portugueses al cabo de Buena Esperanza y los españoles por su parte solo habían descubierto algunas Antillas. Más allá reinaba el misterio y esta misma ignorancia daba un aplomo heroico a aquellos hombres que peleaban con la dura gravedad castellana o el énfasis lusitano por la posesión de unas tierras que no conocían y por mares todavía inexplorados. Tal vez, de saber lo que llevaban entre manos, se habrían asustado de su audacia. Los dos grupos repartían entre España y Portugal, la América entera, el continente africano, el Asia y la constelación infinita de islas de las soledades oceánicas, con el gran macizo de Australia. Hoy las cancillerías de Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos no se atreverían ni remotamente a iniciar este reparto loco que tan natural y lógico parecía a los hombres graves reunidos en un caserón de Tordesillas.

Discutían días enteros en torno de una mesa, junto a un ventanal de policromos vidrios. Cuando la luz diurna iba extinguiéndose, pajes y legos a su servicio entraban velones de hierro en cuyos brazos las torcidas de lana empapadas de aceite, crepitaban sus llamas rojas. Sobre la mesa estaban desenrollados grandes mapas de la época, resumen de todos los conocimientos geográficos; grandes láminas de pergamino amarillento, con contornos de tierras que más parecían siluetas de animales fantásticos. Las ciudades estaban representadas en forma de castillos, con recias banderas; las soledades de los países inexplorados poblábanlas en el pergamino elefantes y leones; sobre el mar bogaban navíos y nadaban ballenas arrojando una doble fuente de sus hocicos de caballo; el título del mapa ocupaba una gran parte de estos rectángulos.

Y los comisionados en el silencio de Tordesillas discutían el reparto del mundo, modificando la iniciativa del Papa. El antiguo abogado valenciano había aconsejado que la línea se trazase a 170 leguas al occidente de las islas de Cabo Verde, pero Portugal se oponía alegando que esta línea quedaba demasiado próxima a sus dominios de África, y era posible que al prolongarse cortase algunas tierras que aún estaban por descubrir y siendo africanas eran de su pertenencia. Al fin se acordó adelantar la línea 200 leguas más al este de lo que había indicado el Papa o sea a 370 de Cabo Verde, error garrafal de los doctores españoles, pues así la línea, cortaba una gran parte saliente de la América del Sur hasta las cercanías del Río de la Plata, dejando esta porción del mundo nuevo incluida en la parte de Oriente que correspondía a Portugal. Este fue el origen de la interminable lucha de fronteras entre españoles y portugueses durante el período colonial, y de muchos debates diplomáticos en tiempos posteriores.

¡Dichoso tratado de Tordesillas! Los sabios definidores repartíanse el mundo como si este fuera una superficie plana, y una vez trazada la línea de separación entre ambas partes contendientes, no pudieran encontrarse más. En cada sesión disponían de la suerte de una parte del mundo conocido. Restauraban sus fuerzas en las posadas de palacios y conventos, con los sabrosos torreznos castellanos, el jugoso pernil, los picantes embutidos salamanquinos, el vino de Toro, las pastas y confituras de las nobles monjas feudales de Santa Clara, y seguían impertérritos en su labor mundial. Después del almuerzo se ocupaban de África, y tras la comida del mediodía y la siesta reparadora hablaban de Catay, de Cipango, de las islas de la Especiería,

de todos los países maravillosos descritos por Marco Polo, riñendo por qué nación debía apropiarse los tesoros del Gran Kan que nadie había visto.

El 7 de junio de 1494 quedó suscripto el tratado de Tordesillas, un tratado preliminar, pues se acordó que más adelante se reuniese en la Gran Canaria otra junta para determinar con entera precisión la famosa línea.

Los sabios de Tordesillas ya no se reunieron más. ¡Para qué!... Mientras ellos discutían y los reyes preparaban un nuevo congreso, los marineros españoles y portugueses navegaban... navegaban. Sus naves groseras iban doblando los cabos, contorneaban los golfos, metíanse en los grandes ríos creyéndolos estrechos, y en los estrechos considerándolos ríos. Eran con sus velas extendidas a todos los vientos, como incansables aves de presa que en cada picotazo sacaban del misterio un girón del mundo.

Un día los portugueses asentados en las costas de la India Asiática, en el país de las Especies, vieron con asombro una nave que venía hacia ellos, no por occidente, o sea el camino que seguían las expediciones de Lisboa, sino por oriente, surgiendo de las soledades del océano Pacífico. En los jirones de las velas rasgadas por la tempestad, marcábanse, los contornos de castillos y leones. Era la *Victoria*, la nave de Elcano, la mísera y gloriosa carabela que llevó a los primeros hombres por toda la redondez del globo.

¡Adiós tratado de Tordesillas! ¡Adiós línea divisoria ideada por la infalibilidad papal! Habían separado en un hemisferio a españoles y portugueses, para que no se peleasen por la posesión del mundo, obligándolos a marchar en distintas direcciones; pero como la tierra es redonda, navegando unos a oriente y otros a occidente acabaron por tropezarse en el extremo opuesto del mundo, a espaldas del Papa, de su famosa línea y de los sabios doctores que legislaron en Tordesillas.